

CONDENADO A ESCRIBIR de Samanta Ramos

Un calendario deteriorado por el paso del tiempo anunciaba el 3 de julio de 1865. Esa tarde era especialmente calurosa y las calles de San Petersburgo estaban vacías. Como él. Como su hoja en blanco. Desde su arresto y encarcelamiento por sus actividades antigubernamentales (o antidictatoriales, como a él le gustaba recordar), no había vuelto a escribir nada.

«No escribir sería condenar a mi público a la ignominia más atroz. Sería dejar huérfana a la psicología humana en forma de ficción. Necesito volver a imprimir mis renglones en sus pupilas. Yo soy el Napoleón que mi ejército de lectores necesita», pensó para sus entrañas.

Cerró los ojos tratando de buscar inspiración en sus vivencias pasadas. Pero solo encontró los disparos contra el pelotón en la fortaleza de San Pedro. Todavía podía escuchar claramente el golpe seco que hacían los cuerpos al caer sobre la nieve pisoteada. Podía oler el olor a pólvora mezclándose con el del sudor y la sangre. Trató de retroceder unos años en sus memorias, esperando encontrar en su infancia algún instante que le ayudase a derramar tinta en lugar de lágrimas. Buscando huir del bullicio de aquel fatídico episodio, acabó dando con el silencio atronador de la casa de su niñez. Esta vez no había sonidos de casquillos de balas, pero se dispararon peores recuerdos. La mirada de compasión del médico que salía del cuarto de su madre. El llanto mudo de su padre recostado sobre una botella de licor tan vacío como el otro hueco de la cama. Cuando se quiso dar cuenta, el papel estaba bañado en lágrimas. Ninguna etapa de su vida parecía darle un soplo de inspiración o, al menos, de aliento para seguir creando. Estaba claro que si quería explorar el espíritu del hombre contemporáneo, necesitaba nuevas vivencias.

En ese momento, sonó la puerta. Era su casera, una octogenaria mezquina que vivía en el 3ºC y que venía a cobrar su renta mensual.

—Siento decirte que no tengo el dinero, Anna —musitó sin abrir la puerta— Estoy trabajando en un nuevo proyecto, una nueva novela, ya he contactado con el editor de una revista, solo necesito...

—Credibilidad. Eso es lo que necesitas —interrumpió una voz ronca al otro lado de la puerta —Si hubieras hecho caso a tu padre en seguir tu carrera como militar, no dependerías de una panda de necios y tunantes que solo buscan saciar su sed y su hambre con unas líneas que ya son pobres de por sí. Tu padre, el gran doctor Dostoievski, entendía que un trabajo estable es lo que verdaderamente nutre. ¡Qué diría si te viera! ¡Qué bien hizo en apresurarse a tocar la gloria de Dios! Tienes una semana para pagarme lo que me debes o, lo siento, pero te vas con tus historias a otra parte. No hay nada más que hablar. ¡Esto me pasa por confiar en faranduleros! —exclamó mientras sus pasos se perdían en la escalera.

Una hora y media botella de vodka después, el papel seguía en blanco. Este incidente con su casera había desviado su pensamiento de su preocupación principal.

—Esa vieja usurera tiene más de una docena de propiedades en alquiler. Más de doce familias con el agua al cuello y ella bebiendo de sus desgracias. Especula con las ruinas de otros sin mostrar un ápice de pudor, misericordia o caridad. ¡Y encima, los mira con desprecio! ¡Como si la pobreza fuera un vicio! Desde luego, hay personas que son un gasto innecesario de oxígeno —bramó arrugando el papel y estrellándolo contra la puerta.

En un arrebato de cólera y frustración, cerró los ojos y se imaginó poniendo fin a la vida de Anna. Este pensamiento, lejos de ruborizarlo, lo envolvió en una vorágine de ideas donde unos pensamientos se atropellaban con otros.

«¿Qué se siente al liquidar a alguien? ¿Qué secuelas morales deja un crimen? Acabar con esa vieja sería empezar una historia, una que necesito sentir en mis propias carnes para poder descifrarla y transcribirla al papel. No se puede pretender explorar el espíritu humano sin penetrar en sus abismos. Quedándose en la superficie de las ideas no se consigue una obra maestra. Todo hito conlleva un gran sacrificio. De todos modos, el mundo sería un lugar mejor sin ciertas almas corruptas. Además, ella misma lo ha dicho: necesito credibilidad. Siempre he sido yo la víctima que presencia el horror, ¿qué se sentirá estando al otro lado? De aquí puede salir una gran historia. ¿Se puede acabar con una vida por el bien común? Es lo que haría un Prometeo moderno. Un superhombre sabe que puede y debe romper los códigos morales si desea lograr metas celestiales. ¿El mal es subjetivo? ¿Existe crimen sin castigo?»

En un momento de epifanía, salió al pasillo gritando el nombre de su casera, como si ella tuviera las respuestas que buscaba. Regresó al apartamento al atardecer, arrastrando

un hacha y la culpa. Con el arma del crimen ensangrentada entre las manos, cogió una nueva hoja en blanco y comenzó a escribir:

“Una tarde extremadamente calurosa de principios de julio, un joven salió de la reducida habitación que tenía alquilada en la callejuela de S. y, con paso lento e indeciso, se dirigió al puente K. Había tenido la suerte de no encontrarse con su patrona en la escalera...”